



OBREGON Y DE LA HUERTA.

EL día 10. de septiembre de 1923 fué de una enorme trascendencia política para el régimen dimanado del Plan de Agua Prieta. El general Obregón se presentó en el recinto de la Cámara de Diputados a leer su informe constitucional, que fué interrumpido varias veces con aplausos ruidosos al escuchar la lectura de la labor del Ministro de Hacienda, y con gritos de protesta cuando se habló de las gestiones administrativas de la Secretaría de Gobernación y del Departamento de Establecimientos Fabriles y Militares. El Presidente de la Cámara de Diputados, Jorge Prieto Laurens, contestó al informe presidencial lanzando una verdadera requisitoria en contra del Gobier-

no del general Obregón. Habló de las maniobras encaminadas a disolver el Partido Cooperatista. Esto hizo que la tormenta estallara. Cada vez los gritos de los diputados y los senadores eran más estridentes. El general Obregón escuchó aquella tempestad de vítores y de protestas, reprimiendo su justificado enojo.

Antes de abandonar el recinto de la Cámara de Diputados, fué invitado a tomar una copa de champaña en el Salón Verde de ese edificio. El señor De la Huerta, que estaba al lado del general Obregón, le dijo con un tono que revelaba pena:

—Alvaro, estoy contrariadísimo por todo lo que acaba de pasar.

—Si hasta yo—contestó el general Obregón,—que soy un hombre novel en política sabía lo que iba a pasar.

—Pero yo no,—respondió el señor De la Huerta.

—¿Cómo ahora no te enfermaste?—le dijo Obregón, tendiéndole la mano para despedirse, pues esa misma noche se marchaba a Veracruz, y de allí a Tampico, para regresar a México varios días después, por la vía de San Luis Potosí.

Entretanto, el Gobierno de San Luis Potosí se lo disputaban Jorge Prieto y

Aurelio Manrique. Al pasar por las diversas estaciones de ese Estado, los partidarios de Manrique aclamaban al general Obregón y a este conocido líder. El militar sonoreNSE contestó a los vítores, que las elecciones ya no se resolvían en el antiguo Palacio de los Virreyes; y poco después llegó a esta capital, esperando que el señor De la Huerta hubiera desautorizado por medio de declaraciones la actitud que asumió la mayoría de los diputados y de los senadores el 10. de septiembre. Habían transcurrido veinticinco días y él no daba señales de reprobar esa actitud. Pero poco antes de terminar ese mes, se presentaron una noche en la Casa del Lago los representantes de la prensa, llevando unas declaraciones que acababa de hacer el general Obregón, por medio de las cuales se nulificaban de hecho las elecciones para gobernador de San Luis Potosí. El señor De la Huerta estaba metido en la cama. En seguida se levantó y se vistió con toda violencia para ir a ver al Presidente, que en esos momentos se hallaba en el castillo. Con dificultades consiguió verle, porque ya estaba dormido.

El señor De la Huerta estaba molesto, violento, enojado.

—Vengo a verte para que suspendas esas declaraciones, aunque sea siquiera por veinticuatro horas, para ver, entre tanto, la manera de solucionar satisfactoriamente ese asunto.

—Yo no puedo — contestó el general Obregón—porque sería tanto como permitir que se vulnerara el principio de autoridad.

—Pues hasta aquí te acompaño,—respondió el señor De la Huerta, y se despidió en seguida para ir a formular su renuncia como Ministro de Hacienda, y para dirigir un mensaje a una persona de su confianza, manifestándole que suspendiera su viaje a Soledad de la Mota, pues unas horas antes había salido para ese lugar dicho enviado, a donde iba con la misión del Ministro de Hacienda cerca del general Calles, de decirle en su nombre que él estaba dispuesto a ser el jefe de la propaganda callista, y que, como había cierta desconfianza en la República por esa candidatura, era conveniente lanzar un manifiesto a la nación, para exponer determinados puntos políticos y expresar también que el general Calles, en caso de llegar a la Presidencia de la República, se comprometía a gobernar con hombres

S E N D E R O S

que tuvieran prestigio en todo el país.

Las declaraciones del general Obregón sobre el conflicto de San Luis produjeron una impresión inmensa, pues unos cuantos días antes había manifestado categóricamente que esos asuntos ya no se ventilaban en el antiguo Palacio de los Virreyes. En esta situación, el señor De la Huerta rehusó a seguir colaborando en el régimen obregonista. Pero, ¿qué hacer después de haber declarado enfáticamente que por ningún motivo aceptaría su candidatura a la Presidencia de la República? El general Calles le había instado para que la aceptara; pero él se negó a ello de manera rotunda. Entonces el general Obregón insinuó al señor De la Huerta la conveniencia de que hiciera declaraciones a ese respecto. Y en efecto, las hizo repetidas veces, enfáticas, categóricas, rotundas, asegurando que por ningún motivo aceptaría su candidatura a la Presidencia de la República. Cuando el general Obregón leyó las terminantes declaraciones del señor De la Huerta, le dijo:

—No me han gustado tus declaraciones, porque si Calles, por cualquier motivo,

pudiera fallar, tú mismo te cierras las puertas.

—Pero yo de ninguna manera aceptaré,—contestó el señor De la Huerta;—ya salí con bien una vez, y no quiero meterme en otra aventura que eche por tierra el prestigio que entonces adquirí.

El señor De la Huerta es un hombre débil, impresionable; pero íntegro y bueno. Fué Gobernador de Sonora, Presidente interino de la República y tres años Ministro de Hacienda. Funcionario digno. No traficó nunca con los cargos públicos. Bajó de ellos en la más absoluta pobreza. Vive actualmente en los Estados Unidos, donde ha pasado verdaderas miserias. Ahora da clases de canto para llevar una vida decorosa. Es una grandísima lástima que no haya querido defenderse de los ataques injustificados que constantemente se le dirigen. Ha dejado pasar esa brillante oportunidad para confundir a sus enconados acusadores. En aquellos días en que fué un juguete de los acontecimientos políticos, sufrió lo indecible. La corriente lo había arrastrado a un sitio a donde él no quería llegar. La posición magnífica del señor De la Huerta hubiera sido de una absoluta independencía. No haber acepta-

do su candidatura a la Presidencia de la República, y permanecer desligado por completo del Gobierno. Esa actitud era impecable, y, además, entrañaba una requisitoria para los hombres que lo acusaban.

Tuvo la creencia errónea de que aceptando su postulación podía detener las acusaciones que se estaban formulando en contra de él por su gestión como Ministro de Hacienda. Aceptó su postulación después de haber afirmado categóricamente que nunca la aceptaría. Un mes antes se había celebrado en el Palacio Nacional un Consejo de Ministros para tratar el asunto Richardson. El general Obregón, por espacio de media hora, le consagró los elogios más cálidos a su amigo y colaborador; el señor De la Huerta quedó sorprendido. No hallaba la manera de contestar aquellas frases de afecto y de agradecimiento. Los elogios llegaron hasta la exageración. Unos a otros nos mirábamos sorprendidos.

El general Obregón y De la Huerta llevaron siempre una amistad sumamente cordial; pero había una amistad más grande aún entre Calles y De la Huerta.